



Capítulo 23



ARGUEDAS:
LA DINÁMICA DE LOS ENCUENTROS CULTURALES

TOMO I

Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales. Tomo I
Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores

© Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores, 2013

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Concepto gráfico: Lala Rebaza

Diseño de interiores: Mónica Ávila Paulette

Carátula en base al afiche *Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales*

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición: abril de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-612-4146-32-9

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-05741

Registro de Proyecto Editorial: 31501361300212

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Celebrando a Arguedas y a Chimbote: la ciudad como personaje en *El zorro de arriba* y *el zorro de abajo*

REGINA DUARTE VIANA
Universidade Federal do Rio de Janeiro, Brasil

1. Introducción

Me gustaría empezar con un poema que escribió José María Arguedas en quechua y luego tradujo al español. Se titula «Llamado a algunos doctores»:

Dicen que no sabemos nada, que somos el atraso, que nos han de cambiar la cabeza por otra mejor. [...]

Saca tu larga vista, tus mejores anteojos. Mira, si puedes.

[...] En esta tierra fría, siembro quinua de cien colores, de cien clases, de semilla poderosa. Los cien colores son también mi alma, mis infaltables ojos. [...]

Ninguna máquina difícil hizo lo que sé, lo que sufro, lo que gozar del mundo gozo. [...]

No huyas de mí, doctor, acércate; mírame bien, reconóceme. ¿Hasta cuándo he de esperarte? Acércate a mí; levántame hasta la cabina de tu helicóptero. Yo te invitaré el licor de mil savias diferentes.

Curaré tu fatiga que, a veces, te nubla como bala de plomo, te recrearé con la luz de las cien flores de quinua, con la imagen de su danza al soplo de los vientos...



No, hermanito mío. No ayudes a afilar esa máquina contra mí, acércate, deja que te conozca, mira detenidamente mi rostro, mis venas, el viento que va de mi tierra a la tuya es el mismo; el mismo viento que respiramos; la tierra en que tus máquinas, tus libros y tus flores cuentas, baja de la mía, mejorada, amansada. [...]» (Murra & López-Baralt, 1998, p. 256).

Tales palabras, nacidas en tierra indígena, en un corazón que late por la naturaleza, que clama porque no haya destrucción, me inspiran a celebrar. Celebrar significa entonces sentir emociones, ser subjetivos; celebrar la herencia. Arguedas nos regaló un espacio para el otro.

Mi objeto de investigación es la última obra de José María Arguedas: *El zorro de arriba y el zorro de abajo*.

Quiero compartir con ustedes algunos pensamientos alrededor de la última ciudad de Arguedas, es decir, Chimbote; tanto la ciudad real, como la representación que de ella hace el autor. Mi estudio es un intento por entender este fenómeno urbano en su gran complejidad.

El objetivo es aproximarme a un asunto que me persigue desde hace mucho tiempo: la barbarie disfrazada de civilización o, en otras palabras, cómo el desarrollo humano, con todo su esplendor, no consigue esconder las garras del horror. Recordemos a Adorno en la *Dialéctica del iluminismo*: imposible no pensar en la célebre imagen del médico y del monstruo habitando el mismo cuerpo.

Nuestra hipótesis es que, trazando un perfil de la modernización ocurrida en Chimbote en la década de los sesenta, conseguiremos reflexionar sobre nuestras propias ciudades y los tantos problemas que presentan.

Quisiera hablar de Mariátegui y del debate acerca de la lucha de clases o referirme a las tesis de Fernando Ortiz sobre la transculturación del tabaco y del azúcar, profundizar en el concepto de Ángel Rama sobre la transculturación narrativa o, aun mejor, trabajar el concepto de heterogeneidad de Cornejo Polar concentrándome en las tensiones. Pero creo que, después de escuchar tantas ponencias alrededor de dichos conceptos y tan grandiosos pensadores, críticos y expertos, prefiero solo hablar de Chimbote, la ciudad real, como primera instancia, para así arribar a la Chimbote ficcional que Arguedas presenta en *Los zorros*.

¿Qué es la ciudad? ¿Qué tipo de individuo existe en ella? ¿Qué elementos fructíferos surgieron tras el suicidio de nuestro querido demonio? ¿O será este, más bien, un ángel?

Se trata únicamente de observar; como lo sugirió el escritor brasileño Érico Veríssimo en su obra *Olhai os lírios do campo* (1938): observar lo más simple, aparentemente pequeño, sin ningún tono de grandiosidad. Tejer, con las líneas del español y del quechua, un cuento peruano en la realidad, tal como en el cuento «A moça tecelã» (2004), de la poeta Marina Colasanti. Y, si no nos gusta el resultado, deshacer el entramado y empezar nuevamente el trabajo deseado, soñado.

¿Tenemos, realmente, que escoger entre esto o aquello —como sugiere la poeta Cecília Meireles en el poema «Ou isto ou aquilo» (1963)—, entre el criollo y el andino? ¿No podemos acoger ambos?

Observaremos el origen de Chimbote, intentando comprender si la ciudad nació de forma espontánea o si fue producto de la dominación política y explotación económica de las poblaciones conquistadas, un hecho que, innegablemente, afecta todos los aspectos de la vida urbana.

Empezaremos con algunas ideas de José Luis Romero, uno de los pilares de mi investigación.

2. Cuestiones teóricas

José Luis Romero (Buenos Aires, 1909 - Tokio, 1977) investiga, en su obra *América Latina: las ciudades y las ideas* (1976), todos los matices de lo que se considera una metrópoli, una urbe, una ciudad. Observa las relaciones entre el desarrollo de las ciudades y ciertas formas de vida que se encuentran en ellas. José Luis Romero nació en Buenos Aires en 1909 (dos años antes que Arguedas), y falleció en Tokio en 1977 (ocho años después de la muerte del autor de *Los zorros*). Para 1928, ya era uno de los más reconocidos críticos literarios argentinos. Estuvo exiliado en Europa, como también en México, entre 1974 y 1987. Es interesante que el crítico uruguayo Ángel Rama y el mexicano Leopoldo Zea hayan estudiado la obra de Romero junto a sus alumnos.

Jacques Le Goff, gran historiador francés, observa que arte y literatura son expresiones como también testimonios privilegiados de las sociedades históricas (Romero, 2009, p. 9). Por tal hecho, la obra literaria *Los zorros* tiene un valorpreciado en la reconstrucción de la perspectiva de estructuración de la ciudad de Chimbote. Le Goff afirma que es la sociedad concreta lo que atrajo a Romero, quien, a su vez, considera el oficio de historiador como algo que cubre la historia con un haz realista y con un haz imaginario. Romero sería el pionero de una historia de las representaciones y del imaginario.

El crítico literario Noé Jitrik enaltece el libro de Romero por presentar un corte latinoamericano distinto de lo propuesto hasta entonces, dado que América Latina era vista como algo distante, diferente de Europa. O sea, la ciudad europea, en relación al fenómeno urbano, difiere profundamente de la ciudad latinoamericana. Esta es una idea eurocentrista.

Las ciudades, en la obra de Romero, de acuerdo a Noé Jitrik, surgieron en contraste al campo. Su estudio tuvo como eje principal la cultura occidental, desde el Imperio Romano en disgregación hasta el siglo XX. Sostenía que, estudiando el núcleo europeo central, se tendría un mejor entendimiento de la sociedad argentina y de la latinoamericana. Se autodefinía como medievalista, es decir, como historiador de las burguesías y del mundo urbano. Mi interés por José Luis Romero radica en el enfoque que da su estudio a la ciudad y su desmoronamiento.

En otro momento de su trayectoria, Romero se concentra en el mundo feudal, sus fundamentos y su posterior caída, que devino en el surgimiento del mundo burgués. Procura entender el proceso de construcción, crisis y revolución de tales mundos; quiere dar luz sobre las nuevas ciudades amuralladas.

La tercera etapa de sus estudios focaliza la disgregación del mundo burgués y de su eje capitalista. Romero explica cómo el término de la Primera Guerra Mundial puso en crisis el mundo burgués y muchos de sus valores, lo cual convirtió al socialismo en una posible alternativa en aquel momento.

Fue considerado *historiador de las crisis* desde la república romana hasta la crisis del mundo burgués. Deseaba, afirma su hijo Luis Alberto Romero, descubrir en cada una de estas crisis el «instante de la emergencia del nuevo por entre los resquicios del mundo constituido, el momento de tensión entre lo criado» (2009, p. 29).

Su hijo señala que la experiencia de su país fue, para él, una gran fuente de conocimiento y reflexión, tal como los films, obras literarias y viajes, catalogados y analizados, incluso a partir de un saber escolástico, de diccionarios y guías («empresa heurística»).

La afirmación «José Luis Romero solía definirse como un ciudadano comprometido con un proyecto para la sociedad» corrobora la que pensamos es la posición de José María Arguedas en relación a la obra *El zorro*.

Ángel Rama, intelectual latinoamericano izquierdista, nacido en Montevideo, consejero de la Biblioteca de Ayacucho y autor de *La ciudad letrada* (1984), afirma

que, antes de que los conquistadores europeos creasen las ciudades en América, estas fueron concebidas mentalmente. En otras palabras, las ciudades surgían antes de existir en la realidad. O sea que el orden debe estar establecido antes de que la ciudad exista para impedir, así, todo futuro desorden, lo que alude a la peculiar virtud de los signos que permanecen inalterables en el tiempo y siguen rigiendo la mutante vida de las cosas dentro de rígidos marcos (p. 29).

En esta obra, Rama identifica cómo, a través de las letras, la dominación ocurrirá en suelo latinoamericano. Surgirá un continente con ciudades ordenadas y con ideologías que las precederán. Serán ciudades regidas por hombres que dominen las letras, la escritura, y que puedan, a partir de estas, controlar el medio en que están insertos.

Arguedas, en su discurso de recepción del premio Inca Garcilaso de La Vega (1968), titulado «Yo no soy un aculturado», muestra claramente que acogió el término «transculturación», puesto que niega ser producto de una aculturación ya que este vocablo, para él, significaría una pérdida de su propia cultura en favor de la cultura del colonizador.

¿Cómo construir una identidad nacional, si el ser que la compone no se percibe como un elemento integrante de la misma?

Construir la idea de ciudadanía, de identidad nacional, quiere decir algo más que sobrepasar los límites de una identidad en una confrontación constante con la otredad. Partiendo de la suposición de que toda identidad se construye en la relación con el otro, intentaré trazar algunos comentarios alrededor de las transformaciones por las que atravesó Chimbote —la ciudad-personaje escogida por José María Arguedas— en medio de una modernidad que tocaba las puertas del Perú al final de la década de sesenta, como se encuentra retratado en *Los zorros*. La obra se escribió hacia el final de la década, pero fue publicada dos años después del suicidio de Arguedas.

Otro crítico literario, Martin Lienhard, un autor europeo, nacido a mediados de los cuarenta, en plena Segunda Guerra Mundial —es decir, en medio de un marco atroz para la historia de la humanidad—, estudia la última obra de Arguedas en *Cultura andina y forma novelesca* (1990) buscando entender los acontecimientos por los que atravesaba el Perú al final de la década de los sesenta. El autor considera esta obra muy difícil de clasificar, a pesar de tratarse del «último producto narrativo del indigenismo teorizado por Mariátegui» (1990, p. 9). En *Los zorros*, según Lienhard, el pueblo tiene un papel activo. A diferencia de las

obras arguedianas anteriores, esta rompe con las formas narrativas y lingüísticas convencionales instaurando un nuevo momento, y esto significa más que romper con estas cuestiones, significa penetrar la cultura quechua.

Se puede percibir una dicotomía clara que se ha sostenido a lo largo del tiempo: cultura imperialista versus cultura andina. Los zorros presenta rasgos de la oralidad viva de la cultura andina y popular que hacen, dice Lienhard, que esta obra se diferencie de las demás. El crítico literario también afirma que gran parte de los críticos literarios no comprende que José María Arguedas se posiciona como portavoz de las vanguardias andinas en las ciudades peruanas y costeñas. Acredita que, más que pensar en el pasado, Arguedas tiene como meta reflexionar sobre el presente y buscar respuestas para el futuro.

La obra *Los zorros* surge como una posibilidad de «literatura alternativa» para confrontar la «literatura europeizada dominante», como las llama Lienhard. La transculturación ocurre en la narrativa, a partir de «la irrupción de factores indígenas» (Lienhard, 1990).

A continuación, nos acercaremos a la obra *Los zorros* para escuchar los ruidos de la ciudad de Chimbote.

3. Chimbote: objeto de observación de Arguedas hacia su muerte

*Las grandes ideas recorren la historia de la ciudad
y la conforman.*

Aldo Rossi (1992)

A partir de una investigación antropológica que buscaba entender el fenómeno social que estaba ocurriendo en el Perú a mediados de los años sesenta, Arguedas empezó a frecuentar la ciudad de Chimbote, un gran puerto pesquero que fue considerado el epicentro de este fenómeno. Visitó muchas veces la ciudad como profesor de la Universidad Agraria de La Molina, entrevistando a los migrantes y fotografiando el lugar. La constancia de las visitas resultó en la construcción de la novela que nos concierne en nuestra investigación. La migración masiva de los serranos (indígenas) hacia las ciudades costeras y las duras condiciones de vida que estos debían padecer atrajeron la atención del etnólogo, antropólogo, escritor, profesor y amante de la cultura quechua.

La mayoría de la población migrante chimbotana proviene de la sierra. Estas personas abandonaron su tierra, su cultura y su pueblo para intentar integrarse a la modernización de la costa. Se produjo, entonces, un continuo movimiento de arriba para abajo. El tránsito no se detiene, ya que es necesario para sobrevivir.

¿Cuál es el sujeto de Chimbote?

La novela nos presenta una descripción muy desagradable de Chimbote, que se erige a partir de ruinas, de entrañas expuestas, de gusanos que saltan de la escritura, de prostitución, de la venta de cuerpos y almas, del capitalismo, de la degradación del ser humano. Reinan en la ciudad los pescadores y las infidelidades: es un mundo marginal dentro de la urbe, que nace en medio de una modernidad forzada, desenfrenada, brutal, atemorizante.

Muchos de los personajes están relacionados a la idea de la muerte: los que tienen tuberculosis y no consiguen vivir de manera digna, aquellos que mataron a su cultura para poder sobrevivir a otra, las prostitutas que viven en un constante intercambio comercial y Arguedas, que afirma en uno de sus diarios que, aunque continúe respirando, ya dejó la vida hace tiempo.

El autor permite que los personajes marginales se expresen por sí mismos: prostitutas, mendigos, personas del pueblo, pescadores, campesinos, indígenas, mujeres. Nos encontramos ante una pluralidad de voces. Arguedas escribe sobre conflictos humanos y, sobre todo, conflictos existenciales: vidas desmontadas y arrastradas, después de una ruptura radical del *contrato social*. Los *estados de excepción* hacen surgir el *desorden del mundo*, alteran radicalmente la vida cotidiana e instauran el horror.

Cada línea de la obra encierra un grito que proviene de los serranos, las prostitutas, el loco Moncada predicando en cada calle, los niños de las barriadas y hasta del Mudo, que irónicamente habla. En esta representación de la ciudad de Chimbote, el poder está en manos del extranjero, puesto que es este quien ostenta las máquinas —la producción, el saber técnico— y determina quiénes serán subyugados. Desaparece la imagen del intelectual que habla por el pueblo para defenderlo. Ahora, es el pueblo quien utiliza la voz del intelectual de manera activa. Debemos tener en cuenta que centro y periferia no son ya nociones de lugares cautivos.

A partir de las ideas de la gran crítica literaria brasileña Bella Jozef (1926-2010) sobre el lugar de América Latina, podemos plantear la intensa búsqueda de José María Arguedas como etnólogo e historiador como un esfuerzo por traducir, en su obra *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, la realidad de un país considerado periférico: el Perú. Arguedas no comienza su obra a partir de una visión eurocentrista, sino a partir de un lenguaje local.

El proceso de territorialización y apropiación del espacio se constituye como el eje central de la narrativa. Según Lienhard (1990), justamente por haber vivido en carne propia la realidad andina es que Arguedas supo comprender y expresar con fidelidad los deseos y miedos, las esperanzas y perspectivas de aquel pueblo.

La ciudad de Chimbote se encuentra inmersa en una carrera hacia la modernización. Las bolicheras que transportan harina de pescado invaden la costa con sus operarios y transforman la ciudad en un gran puerto pesquero, así como también transforman las vidas de sus habitantes: «cosas que son fabricaciones de los “gringos” para ganar plata» (Arguedas, 1997, p. 13).

Ciertamente, es evidente el crecimiento desordenado de una ciudad que no se concentra en el ciudadano, es decir, en el elemento humano que la compone; por el contrario, desequilibra a este último, más aún cuando el ciudadano abandona su tierra, sus creencias y su economía con el objetivo de alcanzar una vida que no conoce, que guarda elementos sorpresa. El sujeto migrante surge como alguien descentrado, puesto que abandona un equilibrio —el de su lugar de origen— y, al llegar a otro espacio, no consigue un nuevo balance. Este sujeto vive siempre con una sensación de no pertenencia.

En el primer capítulo de *Los zorros* se usan palabras bastante agresivas para referirse al otro, como por ejemplo: «hijo de puta», «maricón», «mudo», «malnacidos» o «mierda». Lo que es incluso peor es que las personas son conscientes de ser explotadas, usadas, poseídas, disminuidas: «Buscaba a su mujer legítima que era machucada ya por uno, ya por otro. Ella es puta. Billetes, relojes, encendedores finos, hasta revólveres sirvieron de moneda esa madrugada» (Arguedas, 1997).

Las maneras de caracterizar a los personajes, son por ejemplo las siguientes: «*Hambrientos* por el hueco, *hambrientos* por el pincho, así también para el negocio. Nunca por nunca llenan su gusto» (p. 28). Palabras ofensivas y degradantes proliferan en el texto. La noción de barbarie es muy fuerte. Es inevitable no pensar, inmediatamente, en un clásico argentino: *Facundo*, de Sarmiento. Ambos textos

apuntan a los márgenes —hacia el salvajismo de una masa— y los contraponen al centro. El ser humano está completamente animalizado: «Ni las moscas de las más sucias chicherías de los barrios de las ciudades andinas hacían tanto negro baile» (p. 29).

Arguedas y su narrativa están llenas de interrogantes acerca de la vida y la muerte. ¿Qué es una sin la otra? ¿Qué es verdaderamente la vida sin los propósitos que nos mueven? Arguedas volvió su mirada hacia Chimbote y buscó las respuestas en esta ciudad. La modernización transformó el ambiente de este lugar y lo volvió sombrío, angustiante, letal. Chimbote se convirtió en un espacio de diferencias radicales en el que el lenguaje, en lugar de integrar, crea límites de separación.

Si, en un primer momento, el narrador mantiene un enfoque de extrañamiento frente a la miseria y el lenguaje agresivo, a lo largo de la narrativa va demostrando simpatía, casi cariño, por cada ser errante, por sus miserias y dolores.

Escuchemos un poco algunas de las voces que también procuran oír a la ciudad de Chimbote e intentan trazar algunas reflexiones alrededor de ella.

4. Un poco de la historia chimbotana

Jaime Guzmán Aranda, editor de Río Santa Editores, además de escritor y crítico literario, reside en Chimbote desde que nació. Autor de *La santa sede: del Copacabana a Tres Cabezas* (2008) —un libro de narrativa erótica cuya presentación se llevó a cabo en el famoso prostíbulo de la ciudad de Chimbote—, fue mi guía, con supervisión de Óscar Colchado Lucio, en mi primera visita a la ciudad, en el año de 2010. Me mostró los lugares centrales que se mencionan en *Los zorros*: el Barrio Lucero, el muelle, el mercado central, los cementerios.

Guzmán describe, en su libro de crónicas *Chimbote: entre el fuego y el amor* (2006a), cómo era la ciudad de Chimbote, haciendo énfasis en los colores, ruidos y olores. A inicio de los sesentas, la transformación es claramente discernible: lo que otrora había sido un lugar agradable presentaba, en ese momento, un escenario de muerte y contaminación, simbolizado en el olor deleznable de una ciudad que se mantenía gracias a la actividad pesquera. El siguiente cartel lo resume perfectamente: «Prohibido bañarse/Aguas contaminadas».

El autor, de forma bastante hábil, se introduce en el pasado y recuerda el nacimiento de la urbe (Chimbote), hace ya un siglo. Pedro Alva García (citado en Guzmán, 2006a)

narra que, desde sus orígenes, Chimbote tuvo problemas de administración: los emprendedores que debieron asegurar su formación, edificación y organización, puesto que habían firmado un acuerdo con el Estado, abdicaron de su deber y decidieron priorizar sus propios intereses económicos.

El 15 de enero de 1972, Enrique Meiggs presentó al gobierno el plano definitivo de la ciudad de Chimbote, que se componía de sesenta manzanas de 10 000m² cada una, además de una manzana más para edificios públicos. Dos meses atrás había sido firmado el plan de ejecución de la autopista de hierro Chimbote-Huaraz-Recuay. Como afirma Alva García, Chimbote «fue creado por Enrique Meiggs como centro destinado al gran desarrollo portuario e industrial» (citado en Guzmán, 2006a, p. 89). Esta imagen de la ciudad atrajo, ya en sus orígenes, gran número de migrantes chinos, chilenos, europeos y japoneses. El propósito de la creación de la ciudad era, principalmente, el desarrollo portuario e industrial.

En 1942, afirma Guzmán, fue creada la Corporación Peruana del Santa, cuyo propósito era estudiar y ejecutar proyectos de inversión en Chimbote que propiciarían la exploración y exportación de minas, la creación de hoteles y de líneas ferroviarias, entre otras medidas. Pero, después de diez años, se acordó que sería mejor reorganizar aquellos planes iniciales y concentrarse en construir la Central Hidroeléctrica del Cañón del Pato, así como también el establecimiento de una industria siderúrgica en Chimbote. Así fue cómo, en 1956, se creó la SOGESA (Sociedad de Gestión de la Planta Siderúrgica de Chimbote y de la Central Hidroeléctrica del Cañón del Pato S.A.). A partir de esta iniciativa, olas masivas de pescadores españoles y de pescadores peruanos de otras partes de la costa norte se trasladaron a Chimbote: «Se descubrió que se podía elaborar harina de pescado no sólo de los desperdicios que generaban las plantas conserveras, sino también de la anchoveta y del pez machete» (Guzmán, 2006a, p. 90).

Guzmán afirma que la década de cincuenta se caracterizó por la proliferación de fábricas harineras. Hubo un verdadero *boom* de la pesca en Chimbote. La ciudad se transformó, entonces, a finales de la década del cincuenta, en un puerto pesquero de primer nivel no solo en Perú, sino en el mundo. Creció su población en forma vertiginosa y, lógicamente, ocurrió lo propio con las zonas habitadas que se encontraban cerca a las fábricas (las llamadas «barriadas»). Por todo esto, los lindos balnearios se transformaron en lugares en los que era imposible bañarse. El pueblo tuvo que escoger otro destino para sus vacaciones. Chimbote se había convertido en un puerto llamado absurdo, a decir de Miguelito Rodríguez Paz.

5. La presencia de Chimbote post Arguedas

*Para dejar de ser forasteros en nuestra propia tierra,
leamos lo nuestro.*

Jaime Guzmán Aranda

Óscar Colchado Lucio, autor de *Cholito y el río hablador* (1995) y *Camino del zorro* (1987) y director de la revista literaria *Alborada*, publicará, en el mes de julio, una obra en la Feria Internacional del Libro que tiene a la ciudad de Chimbote como columna vertebral: *Hombres de mar*. Dicha obra, según palabras del autor, continúa el ciclo de *Los zorros* de Arguedas.

Como aún no podemos hablar de esta obra, dedicaremos un apartado sobre un cuento del escritor de Ancash: «Del mar a la ciudad».

El personaje principal de este cuento es un pelícano llamado Pico Largo. El texto es, en realidad, una fábula que, por medio de este animal, ilumina los contrastes de Chimbote. La ciudad es descrita con desconcierto, como un lugar de flagrantes contradicciones, en la que los habitantes pueden vivir tanto en «miseros ranchos de estera» como en «opulentos edificios y modernísimas viviendas».

Pico Largo identifica constantemente estos contrastes —como, por ejemplo, el binomio claridad y oscuridad— porque contempla esta ciudad y reflexiona intensamente sobre ella. Su percepción de Chimbote cambia de manera radical: lo que, en un principio, fue inocente, se vuelve una cruel realidad. Como en la novela arguediana, nos encontramos ante un ambiente pesquero, esta vez narrado desde la perspectiva de un ave.

La Isla Blanca ofrecía un entorno de paz, de pureza, que se resumía bajo la frase «extensión blanquecina de la isla», en claro contraste con el penetrante y desagradable olor de la ciudad, consecuencia de las actitudes irresponsables de los ciudadanos: «las ingentes cantidades de desecho que arrojaban las fábricas pesqueras al mar» (Colchado Lucio, 2007, p. 75). Pensamos en binomios tales como civilización y barbarie, campo y ciudad, recordando, una vez más, a Sarmiento.

Óscar Colchado Lucio, de forma cifrada, señala lo que ocasionó este gran contraste en ambos ambientes: la suciedad del desagüe y la constante contaminación. Los animales y, en consecuencia, los hombres empiezan a sufrir debido a los desvaríos de la modernización, y el hambre termina por imperar:

«Unas semanas más, y dejaron de salir. Los muelles quedaron olvidados y las fábricas huérfanas de los blancos pañuelos de sus chimeneas, sin poder decir adiós a los días de abundancia» (p. 75).

Pico Largo, gracias a este cambio radical, pasa a observar la ciudad con gran temor, como un verdadero monstruo (es así como la define). El deseo de retornar a un pasado feliz se vuelve imposible, ya que lo necesario en ese momento es pensar únicamente en la supervivencia: «Quiso volverse a su isla. Recordó su peña favorita, y hasta morir allí» (p. 77).

La ciudad antes tan deseada pasa a llamarse cementerio. La sensación de sufrimiento se fortalece al pensar en Chimbote: «había perdido ya la cuenta del rosario de sus días en la ciudad» (p. 78).

Podría comentar otras muchas obras que erigen la ciudad de Chimbote como su centro narrativo; por ejemplo, *Lancha varada*, de Fernando Cueto; *Chimbote: entre el fuego y el amor*, de Jaime Guzmán Aranda; *Banquero: los adolescentes y alucinantes años 60 de Chimbote*, de Guillermo Thorndike; *Los hervores de Chimbote en El zorro de arriba y el zorro de abajo* de José María Arguedas, de Jaime Guzmán Aranda; además de los textos de Cornejo Polar, Gonzalo Portocarrero, Julio Ortega y Alberto Flores Galindo, pero rebasa el alcance de esta investigación.

6. Conclusión

Al volver a Lima, después de mi viaje a Chimbote, recuerdo la contribución de Rómulo Monte Alto, Jaime Guzmán Aranda y Óscar Colchado Lucio, quienes me hicieron encontrar muchas respuestas para innumerables dudas respecto de mi investigación y su camino a seguir; cada uno, a su manera, desde su perspectiva.

Con Rómulo Monte Alto, autor de *Descaminhos do moderno em José María Arguedas*, pude acercarme más profundamente a las obras de Martin Lienhard y a los senderos que llevan a entender mejor la obra que estudio.

¿Qué mirar?

Todas las sangres llevan a una pluralidad, a la diversidad.

Me siento como un brazo de Alejandro Ortiz Rescaniere, como su alumna, su discípula, la cual debe seguir sus huellas.

José María Arguedas nos dejó como legado una obra en la cual las ideas, en confrontación con las realidades complejas del continente, son trabajadas en detalle por un etnólogo y antropólogo que deseaba intervenir en un proceso histórico-cultural que le incomodaba.

Debemos celebrar a Chimbote, sus movimientos, publicaciones, autores, eventos.

Debemos celebrar al Perú, a Machu Picchu —en el centenario de su descubrimiento oficial— y al terremoto que destruyó esta ciudadela pero que hizo que sus habitantes renaciesen de las cenizas, a la elección de Ollanta Humala, al Cristo que nos recibe en Chorrillos, aunque no sea un símbolo peruano, sino importado (Alan García de espalda al pueblo y a sus deseos).

Arguedas creía tanto en el futuro que le pidió a otro que continuase su mirada, y lo inició para eso. Me refiero al alumno destacado de Arguedas: Alejandro Ortiz Rescaniere.

Me gustaría finalizar con un poema que escribí cuando me encontré en Chimbote el año de 2010:

Tu voz, Arguedas
Me lleva al Médano,
El cementerio me llama
Siento como si me tocara
Moncada se fue.
Sus ojos aún los siento sobre mí
¿Por qué se habrá ido?
La sangre se me pulsa
El corazón mío pasea por los arenales
¿Dónde están los zorros?
¿Se fueron contigo?
¿Adónde fuiste que no te encuentro?
Vine a Chimbote a apretar tus manos,
A decirte que soy tu hermana,
Que te quiero seguir,
Que tu recuerdo me impulsó a venir
Claudia, Rómulo, Lygia, Óscar, Jaime:
El equipo de Chimbote se une para coger
Las esteras y cubrir tu lápida.
Vamos a calentar las manos (hace frío)

Y ponernos a caminar...
Continuar el trayecto...
Seguir tus huellas...
Sé que me escuchas...
Siento tu aliento.
¡Soy tu hermana!
Martí, Mandela, Che, Gabriela Mistral,
Neruda, Marina Colasanti, Érico Veríssimo,
Moncada, Quijote, Lazarillo...
¡Cuántos me han penetrado el espíritu!
¡Me siguen! ¡Los sigo!
¡Tengo sabor a ellos!
¡Mi sabor es el suyo!
¡Qué rica comida!
¡Cómo todo se mezcla en Chimbote!
La Isla Blanca tiene el quechua,
El portugués, el español...
¡El silencio se hace!
¡Te escucho decir algo!
Pero... ¿Qué quieres decir?
¡El silencio me tapa los oídos...!
¡No llores!
¡Es posible no morir!
¡La vida está en cada rincón!
¡Segura estoy que nuestros caminos
Se hicieron solo uno!
¡No hay otra forma!
¡Tengo que seguirte!
¡Mi camino no puede alejarse del tuyo!
¿Qué puedo decir o hacer?
¡Ayúdame a sentir la bolichera!
¡Sé que debo seguir el corazón!

Bibliografía

Arguedas, José María (1997). *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Colección Archivos. São Paulo: ALLCA XX.

Colchado, Óscar (2007). *Del mar a la ciudad*. Chimbote: Río Santa.

- Guzmán, Jaime (2006a). *Chimbote: entre el fuego y el amor (Crónicas 1950-1970)*. Chimbote: Río Santa.
- Guzmán, Jaime (2006b). *Los hervores de Chimbote en El zorro de arriba y el zorro de abajo de José María Arguedas*. Chimbote: Río Santa.
- Guzmán, Jaime (2008). *La santa sede: del Copacabana a Tres Cabezas*. Chimbote: Río Santa.
- Le Goff, Jacques (2003). Presentación. En José Luis Romero, *Crisis y orden en el mundo feudoburgués*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Lienhard, Martín (1990). *Cultura andina y forma novelesca: zorros y danzantes en la última novela de Arguedas*. Lima: Horizonte.
- Murra, John & López-Baralt, Mercedes (eds.) (1998). *Las cartas de Arguedas*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Rama, Ángel (1984). *A cidade letrada*. São Paulo: Brasiliense.
- Romero, José Luis (2009). *América Latina: As cidades e as idéias*. Río de Janeiro: UFRJ.
- Rossi, Aldo (1992). *La arquitectura de la ciudad*. España: Gustavo Gili.
- Tulio Halperin, Donghi (1995). Ensayos de historiografía. *Anales de historia antigua y medieval*, 28.